

CAPITULO III.

De cómo se presentó en Madrigal y en su pastelería Gabriel de Espinosa, con lo que le sucedió antes de llegar á ella.

I.

Era el dia 15 de Agosto de 1599, antes del amanecer.

La noche imperaba todavía y era oscura como boca de lobo.

A esta hora, por el camino que conduce de Madrigal á Valladolid, entraban en la villa de Madrigal seis personas.

De estas, las cuatro iban á caballo, muy rebozados en tabardinas; la otra, que era una mujer, con bulto debajo de la capa en que se envolvía, iba en unas jamugas sobre un macho, y la sexta persona era un mozo de mulas que iba á pié llevando el macho del ronzal.

Eran, pues, estas personas una mujer y cinco hombres.

Caminaban delante el uno de los hombres, ginete en buen caballo, á alguna distancia el otro, casi junto á él,

la mujer que iba en el macho, y el mozo de mulas que conducía á éste, y detrás, á cierta distancia, como en escolta, los otros dos ginetes.

Entraron de esta manera, y sin hablar una sola palabra por la calle Real de la villa hácia la plaza, sirviendo de guia el que iba delante, y con gran cuidado sin duda de ser sentidos, porque los cascotes de los caballos iban cubiertos con sorderas ó fundas de cuero para que no sonasen las pisadas.

II.

A la entrada en la villa no encontraron una sola persona, ni oyeron el menor ruido; pero á medida que adelantaban, se iba oyendo un rumor vago que crecía, haciéndose cada vez más distinto, y que dejaba percibir una especie de salmodía.

Llegó un punto en que aquel canto se hizo ya perfectamente perceptible, mezclándose á otro algo más lejano que venia por una direccion opuesta.

El ginete que iba delante se detuvo y esperó al segundo ginete, que cuando llegó á él, le dijo:

—¿Por qué te detienes, Navarro?

—Por dos razones, señor, dijo el preguntado; porque ya hemos llegado á la fuentequilla del Arcediano, y no parece fray Miguel ni se siente novedad alguna, y porque andan por la plaza, no ya uno, sino dos rosarios de la Aurora, y mucho será que no haya, cuando menos lo esperemos, palos y cuchilladas y nos encontremos en medio descubiertos sin saber cómo.

—Dificultades son estas, dijo el segundo ginete, que por la voz parecía Gabriel de Espinosa, que debia haber mirado bien el fraile, y no exponernos á contratiempos que pueden dar de través con nuestra empresa, apenas la comenzamos.

—Pues volvernos al camino seria peor; porque pronto amanecerá, y nos exponemos á dar con cuadrilleros que nos pregunten de dónde somos y á dónde vamos, y caigan en sospechas, y nos acontezca peor que si decididamente siguiéramos adelante, nos entráramos por la plaza y nos fuéramos en derechura á vuestra casa, donde Gil Pérez, que conoció mucho á Gabriel de Espinosa, nos espera ya, avisado por fray Miguel de las Santos, que tal vez no está aquí á causa de andar los rosarios por la calle, lo que sin duda no se esperaba, para no dar sospechas si era encontrado.

—Pues á la ventura de Dios, Navarro, dijo Gabriel de Espinosa; que no hay negocio que no tenga peligros y dificultades, y siempre se ha salido mejor de los peligros afrontándolos que huyendo de ellos; pero para no dar que sospechar, y que no vean que hemos querido entrar en el pueblo sin ser sentidos, echa pié á tierra y quita las sorderas á tu caballo y al mio, que Cobo se las quite al macho, y Saavedra y Carbalho á sus caballos, y guárdalas en el saco.

El Navarro transmitió esta orden á los otros que no la habian oído, y la operacion de quitar las sorderas se hizo en muy poco tiempo, despues de lo cual siguieron animosamente su camino hácia la plaza, donde ya se oian los cantares de los dos rosarios de la Aurora.

III.

Eran estos dos rosarios completamente distintos por su forma y por su fondo, por decirlo así.

El uno era el de los cofrades de la hermandad de la Soledad, que habian sacado de su ermita á una antiquísima y denegrida vírgen que llevaban en andas cuatro penitentes con túnicas y capuces de nazarenos, y á la cual acompañaban unos cuarenta penitentes igualmente encubiertos con túnicas y capuces, con velas de cera amarilla en la mano, entre los cuales y delante de la vírgen iban quince ó veinte disciplinantes con las espaldas desnudas que se zurraban de lo lindo.

Este rosario era grave, triste, sombrío, casi fantástico, y hubiera dado pavor á atravesar solo entre la oscuridad de la noche por la destartalada plaza de Madrigal.

Pero entraba al mismo tiempo por la plaza otro rosario alegre, engalanado, risueño, ostentoso, acompañado de unos doscientos locos, esto es, de todos los estudiantes del Seminario de San Agustin.

Lo primero que se veía era una inmensa farola de vidrios de colores, dentro de la cual ardian un número infinito de luces, llevada en unas andas cubiertas de flores, y tan pesadas, que se necesitaban nada menos que ocho estudiantes para conducir las.

Detrás de la farola iban dos hileras de escolares, cada uno de ellos con un farol puesto en la punta de un palo, y luego un estandarte con dos puntas llevado por un es-

tudianton talludo, que lo menos contaba treinta y cinco años, al paso que las cintas del estandarte eran llevadas por dos escolares nuevos de quince á diez y seis años.

Iban luego otras dos largas hileras de estudiantes con hachas de cera, y al fin de estas hileras, sobre unas pequeñas andas enguirnaldadas, un precioso Niño Jesús, engalanado con joyas que habian prestado para él las jóvenes del pueblo.

Alrededor del Niño iba una turba de estudiantes con las hachas levantadas para alumbrar bien la imagen del Niño Dios, y detrás de éste, con candelas de cera blancuísimas en las manos, iban vestidas de blanco todas las jóvenes que habian prestado sus alhajas al Niño, acompañadas de sus padres, de sus parientes, de sus hermanos, que aunque no eran estudiantes, eran admitidos por aquella vez en el gremio estudiantil, porque sin ellos no hubieran podido asistir las muchachas, novias todas de los escolares, que habian ideado y llevado á cabo con la cooperacion y el patrimonio de los graves padres agustinos aquel ostentoso y magnífico rosario á la Santísima y hermosa Virgen de las Azucenas, patrona de los escolares.

Detrás del Niño Dios, de las doncellas y de sus familias, aumentaban el resplandor de las luces y el gentío, los escolares más granados, bachilleres todos, ya en filosofía, ya en teología y cánones, ya en derecho, á juzgar por las grandes borlas blancas, azules ó encarnadas que se veian en los bonetes que llevaban en las manos, porque todo el mundo iba descubierto, marcha-

ban en doble hilera, cada cual con un hachon de viento.

Por último, iban las jóvenes más principales de la villa, coronadas de flores y con ricos trajes blancos, con sus parientes y sus criados, vestidos con bizarros trajes, los músicos con guitarras, chirimías, atabales y triángulos, tocando todos.

Después fray Miguel de los Santos llevando el rosario con dos padres graves de San Agustín; luego una preciosa imagen de la Virgen de las Azucenas en andas de plata, en hombros de ocho bachilleres, llevando las cintas las cuatro jóvenes más lindas y más principales de Madrigal, y en derredor de la Virgen, que era una bellísima escultura, con manto de brocado blanco y oro, y cubierta de ricas joyas, una multitud de estudiantes con hachas de viento, que producian un vivísimo resplandor, semejante al de una grande hoguera; y en fin, á la derecha del alcalde y á la izquierda del corregidor, la monja medio seglar doña Ana de Austria; tras ella las dos hermanas doña Luisa de Grado y doña María Nieto, las dueñas y las meninas, los gentiles hombres y los pajes de su excelencia, el ayuntamiento de la villa, y cerrando la marcha, casi toda la poblacion de Madrigal.

IV.

Aquel magnífico rosario á Nuestra Señora de las Azucenas se hacia porque Dios concediese á la infanta el logro de un propósito que su excelencia habia formado; pero en verdad, todo esto habia sido ideado por fray Miguel de los Santos para llamar la atencion de las

gentes de la villa, y hacer de manera que, distraídos en otra parte, pudiese Gabriel de Espinosa llegar sin ser sentido, á la antigua pastelería de Madrigal, y ocultarse en ella, para irse dando á luz conforme viniesen las circunstancias.

Pero fray Miguel de los Santos no habia podido contar con tres eventualidades.

Fué la primera, que preparado el rosario á costa de los estudiantes, se empeñaron estos en que el rosario fuese presidido por fray Miguel, á quien todos, por su buen carácter y su ciencia, y por lo padrino que era de los escolares, tenian estos en grande estima, y tal le apretaron y le comprometieron, que no pudo zafarse del encargo de presidir el rosario, por cuya razon no pudo esperar á Gabriel de Espinosa como estaba convenido, en la fuentecilla del Arcediano.

Fué la segunda eventualidad, que estando en la villa para asuntos de justicia el alcalde don Rodrigo de Santillana, se pegó al rosario con su ronda, por lo que pudiese suceder, porque ya sabemos que la villa de Madrigal era revoltosa, y daba mucho que hacer al duro alcalde. Y la tercera eventualidad, por último, fué que habiendo contado fray Miguel con que la Virgen seria llevada en procesion por un extremo del pueblo desde el convento de agustinos á una ermita fuera de la villa por medio de los campos, donde se cantaría al amanecer una Salve á la Virgen, los estudiantes, que eran gente muy poco reglamentable, se metieron por su propia voluntad en la villa para atravesar por la plaza y lucir su rosario.

La pastelería á donde habia de ir Gabriel de Espinosa estaba en la plaza, y la hora en que el rosario empezó á entrar en ella, era cabalmente el punto en que Gabriel de Espinosa debia llegar á la villa, atravesarla sin ser sentido, entrar envuelto en la oscuridad y en el silencio en la pastelería, donde ya le esperaba Gil Lopez, y permanecer oculto en ella el tiempo que fuese necesario.

La intencion de fray Miguel de los Santos era que doña Ana de Austria y Gabriel de Espinosa pudiesen verse secretamente, concluir su matrimonio y marchar de la misma secreta manera de Madrigal, con nombre de rey y reina.

V.

Con todas estas eventualidades, iba fray Miguel en áscuas, como suele decirse, pero tranquilo y sereno en la apariencia, cantando con voz reposada y grave Padres nuestros y Ave Marias, á los que contestaban en coro al son de la música las jóvenes, los estudiantes y todo el pueblo que acompañaba al rosario.

Era aquel un canto alegre, alto, sonoro, bello, en completa contraposicion con el canto lúgubre, plañidor y sombrío del otro pobre y severo rosario de los penitentes, que adelantaba por otro extremo de la plaza, y debia cortar el rosario de la Virgen de las Azucenas, ó que éste se detuviera, ó que se detuviera el de los penitentes, mientras pasaba el uno ó el otro.

Aconteció, pues, que en el centro de la plaza se en-

contraron en un mismo punto la cruz verde y sombría de los penitentes y la magnífica farola de los estudiantes.

Habia llegado el *casus belli*.

Pensar en que los buenos tejedores que llevaban con suma piedad y recogimiento su antiquísima y severa imagen de Nuestra Señora de la Soledad se detuviese ó cambiasen de dirección para dejar el paso franco á la procesion de los estudiantes, ó que estos hiciesen alto para que pasasen los penitentes de la Virgen de la Soledad, era pensar en un disparate.

La farola, pues, y la cruz se encontraron formando el vértice de un ángulo, cuyos dos lados constituian los dos rosarios, y los primeros estudiantes y los primeros penitentes se miraron con cólera.

—Paso franco al Seminario, dijo un estudiante de rostro rasgado que iba delante, con el acento más imperativo y más descortés del mundo.

—Que eche el Seminario por otra parte, dijo un penitente con un acento muy semejante al de un perro mastin que regaña, que la plaza es bien ancha y la Virgen de la Soledad no tiene que hacerle vénia á la Virgen de las Azucenas, ni á ninguna Virgen, aunque sea á Nuestra Señora de la Antigua de Valladolid.

—Se me está antojando á mí, dijo el estudiante con la cólera de un gallo inglés, que dentro de dos minutos no vá á quedar en Madrigal quien teja media cuarta de tercianela.

—Pues á mí me está dando en la nariz, que en un cerrar y abrir de ojos, no vá á quedar ni memoria de la canalla estudiantil que...

El tejedor no pudo acabar su discurso, porque el estudiante le habia cortado la palabra, y le habia roto tres muelas, de un furioso *metido* en la cara, con el pomo de la daga que habia sacado cautelosamente en el momento en que se habia encarado con el tejedor.

No habia acabado de suceder esto, cuando el estudiante habia caido al suelo de un desatentado garrotazo aplicado por otro penitente, y aún no habia caido el estudiante al suelo, cuando se oyeron las tremendas voces de

—¡Aquí de los hermanos de la Soledad! ¡Que nos matan!

—¡Aquí del Seminario contra estos villanos!

Y relucieron espadas, y dagas, y puñales, y faroles en alto, y garrotos al aire, y se trabó una, como suele decirse, de quince mil demonios.

Parte de los tejedores se agruparon en torno de la Virgen de la Soledad, y gran parte de los estudiantes al rededor del Niño Jesús y de la Virgen de las Azucenas.

Las mujeres y los viejos huyeron.

Los de la villa que acompañaban al rosario, se pusieron de parte de los tejedores contra los estudiantes, lo que nivelaba las fuerzas, haciendo preveer una pelea tenaz y sangrienta.

La magnífica farola de los estudiantes habia caido al suelo y se habia roto en mil pedazos: no quedaba un farol vivo, y sus varales servian á los estudiantes que los habian llevado, de armas ofensivas; las velas apagadas rodaban por el suelo, y no quedaban más luces que las ha-

chas de viento, que andaban de acá para allá revueltas en el tumulto.

Doña Ana de Austria y su servidumbre se encontraban sujetos entre el círculo de estudiantes, que espada en mano rodeaban á la Virgen de las Azucenas, crugiéndose á golpes con los de la villa que ayudaban á los tejedores.

Pero en cambio, y como una muestra de la piedad de los buenos castellanos, aunque lo que sobraba en la plaza eran piedras, no se tiraba una sola, por no incurrir en el sacrilegio de que fuese tocada por un impulso humano una imágen divina.

La pelea era al arma blanca y al arma prieta, esto es, á cuchilladas, á puñaladas, á palos, habiendo también puñada que hacia ver estrellas al que la sufría, y mordisco que producía un alarido que se oía en el quinto cielo. Como que la gente que andaba á la *greña* era dura de pelar por una y otra parte.

Al mismo tiempo, fray Miguel de los Santos y los dos religiosos andaban con los brazos y los mantos abiertos, procurando poner paz, aunque inútilmente, entre aquellos locos furiosos; el corregidor y la justicia del pueblo metían inútilmente á todo el mundo las varas por los hocicos, logrando solamente alcanzar algun sopapo mayúsculo, y don Rodrigo de Santillana, que era todo un alcalde de los que se llamaban de pelo en pecho, con su ronda, compuesta de gente brava, había roto inútilmente su vara de justicia sacudiendo á diestro y siniestro, había desenvainado su espada, é inútilmente gritaba también con voz exténtorea, y de una manera incesante:

— ¡Ténganse á la justicia del rey nuestro señor; miren que yo soy don Rodrigo de Santillana y he de colgar de la horca á medio Madrigal!

Pero con el ruido del tumulto no se oían estas y otras muchas intimaciones y amenazas que el irritado alcalde soltaba, ó en aquellos momentos se les daba muy poco de don Rodrigo de Santillana y del rey su señor, y de la cárcel, y de las galeras y de la horca con que el furioso alcalde les amenazaba.

Al que le habían metido un golpe y le habían hecho poner el grito en el cielo, lo que le importaba era dar si podía dos por uno, y no estaba en situación de pararse en temores ni en consideraciones, por lo que aquello tenía visos de no acabar, sino cuando se hubiesen acabado los combatientes, lo que no podía tardar mucho en suceder, si Dios no hacia el milagro de ponerlos pronto en paz, porque se batanaban y se herían de una manera que ponía espanto, y á cada momento con más furor.

Y era que había un odio añejo, una rivalidad feroz entre los estudiantes y los vecinos de la villa.

VI.

Aconteció, que antes de que se trabase el combate, habían entrado en la plaza y se dirigían harto de prisa, para salir pronto del paso, á la pastelería, guiados por el Navarro, Gabriel de Espinosa y la mujer, y los tres hombres que les acompañaban.

Pero antes de que llegasen sobrevino el rompi-

miento, y sin saber cómo, Gabriel de Espinosa se vió cercado por la gente que huía, se le asombró el caballo con el ruido y el resplandor de los hachones, le pilló desprevenido, y aunque era muy buen ginete mordió el freno, y le metió sin que pudiera evitarlo en medio del tumulto.

—¡Ah poder de Dios! dijo Gabriel de Espinosa echando mano á su espada; ¡siempre como en Alcázar-Kivir, siempre atrayéndome al combate, grande ó pequeño, siempre la negra fortuna mia cruzándome el camino!

Y empezó á sacudir mandobles á diestro y siniestro; á tiempo que don Rodrigo de Santillana pasaba junto á él gritando por la milésima vez:

—¡Miren que he de ahorcarles! ¡Miren que no he de dejar uno! ¡Ténganse, vive Dios, al rey nuestro señor y al alcalde don Rodrigo de Santillana!

El buen don Rodrigo estaba ya ronco, sudaba por todos sus poros, y habia cogido más cardenales que los que se necesitan para el cónclave.

VII.

Al oír el nombre de don Rodrigo de Santillana, Gabriel de Espinosa tuvo una buena inspiracion.

Esto es, no pudiendo ya dejar de ser reconocido y escapar del tumulto que arreciaba á cada momento, ayudar á la justicia, y ayudándola, prevenirla bien y ponerla de su parte.

Habia visto á caballo á Carbalho y al Navarro, que

habian logrado llegar á la pastelería y dejar en ella á la mujer y al que venia haciendo de mozo de mulas, y que habiendo echado demenos á Gabriel de Espinosa, habian venido á buscarle, le habian visto entre toda aquella gente, á causa de estar á caballo, mientras todos estaban á pié, y se acercaban á él rompiendo por todo.

—Señor alcalde, señor don Rodrigo de Santillana, dijo Gabriel de Espinosa inclinándose sobre el arzon, á tiempo que pasaba junto á su caballo el alcalde.

—¡Eh! ¿Qué me quereis? dijo todo hosco don Rodrigo; ¡dáos preso!

—Por el contrario, señor don Rodrigo, lo que voy á hacer es ayudaros con los míos á poner en paz á toda esta gente, si es que me dais licencia para que yo haga lo que es menester para ponerlos en paz.

—Matadlos si podeis á todos, y habreis servido bien al rey y á su justicia.

A este tiempo, atropellando á los unos, maltratando á los otros, habian llegado el Navarro, Cobos y Carbalho junto á Gabriel de Espinosa y el alcalde.

—En lances más crudos que éste nos hemos visto, amigos, les dijo Gabriel, y tenemos vida para contarlo: así, pues, vamos á ver cómo hacemos que estos furiosos obedezcan á la justicia del rey.

Y juntos los cuatro, formando un escuadroncillo, embistieron por lo más espeso de la pelea con sus caballos, y Gabriel de Espinosa delante iba gritando y sacudiendo tajos y reveses.

—¡Por el rey nuestro señor, todo el mundo á su casa;

acábase esto, miren que les importa, y que el rey les ha de cobrar la deuda.

Estas voces de Gabriel de Espinosa hubieran alcanzado tan poco fruto como las del alcalde, á no ser porque los cuatro caballos, hábilmente manejados, y rompiendo por medio de la turba y girando en todas direcciones, llevaban consigo el atropello y la dispersion; y los hombres de la ronda de don Rodrigo de Santillana, y los de la justicia del pueblo, y algunos vecinos prudentes que apoyaban á la justicia, y parte de los estudiantes más sesudos, que apoyaban á cintarazos la palabra de paz de fray Miguel de los Santos y de los otros religiosos, zurrando de igual modo á los que se les ponian por delante, ya fuesen escolares ó vecinos, y la reflexion que pasado el primer momento empezó á obrar en todos, haciéndoles temer las consecuencias judiciales que debian necesariamente sobrevenir, todo esto junto hizo fuesen saliéndose de la pelea y escapando á sus casas una gran parte, y que por último, se terminase aquello y no quedasen en la plaza más que Gabriel de Espinosa con los otros tres ginetes, el alcalde don Rodrigo de Santillana con su ronda, la justicia de la villa con sus alguaciles, y los vecinos que la habian ayudado, y como unos sesenta estudiantes que rodeaban las imágenes del Niño Jesús y de la Virgen de las Azucenas, junto á la cual estaba todavía temblando de miedo doña Ana de Austria con su servidumbre, y los tres religiosos y los escolares que habian ido á su lado. Quedaban además acá y allá heridos, contusos y estropeados, que no podian valerse bien; pero por un casi milagro, á pesar de que la pelea habia durado más

de un cuarto de hora, no habia quedado en la plaza ningun muerto, ni ninguna persona gravemente herida.

VIII.

Satisfizose por lo pronto don Rodrigo de Santillana con mandar á su ronda prendiese á todos aquellos cojos y á todos aquellos roncocos que no habian podido escapar, y los llevasen á la cárcel, y despues de esta orden, que habia dado de una manera nerviosa, se volvió todo grave á Gabriel, que habia echado pié á tierra como los otros tres ginetes, y guiado por fray Miguel de los Santos se acercaba á doña Ana de Austria, que estaba todavía, mal repuesta del susto, junto á la imagen de la Virgen de las Azucenas, entre los escolares y demás gente, á la luz de algunas hachas de viento que alumbraban la escena.

—¿Y quién sois vos que pareceis forastero, y tambien habeis servido al rey? Decidme vuestro nombre, caballero.

—Más bajo, señor don Rodrigo de Santillana, dijo sonriendo afablemente y con grave mesura y con gran dignidad á la par Gabriel; yo no soy caballero, ni siquiera hidalgo, sino soldado que ha andado corriendo por esos mundos de Dios sus aventuras, y que viene á Madrigal, de donde fueron sus padres, para cobrar su herencia y ser pastelero en paz y en gracia de Dios, y al servicio del rey nuestro señor y de vuestra merced, señor don Rodrigo de Santillana; pero me habeis preguntado mi nom-